

Los riesgos impensados del paraíso¹

Maristella Svampa

La expansión vertiginosa de las “urbanizaciones privadas” es uno de los fenómenos más emblemáticos y radicales de la dinámica de privatización que marcó fuertemente la Argentina de la década menemista. Su difusión incluye una variedad de ofertas inmobiliarias, entre barrios privados, countries, condominios, chacras y ciudades privadas; más de 430 emprendimientos para la sola Región Metropolitana de Buenos Aires, a los que hay que añadir los que se encuentran en grandes ciudades del interior, como Córdoba, Mendoza, Rosario, y otras de mediano tamaño. Los protagonistas centrales de esta experiencia son parejas jóvenes, en gran parte profesionales, con hijos en edad escolar, pertenecientes a las clases altas y medias-altas, así como a sectores de las clases medias en ascenso, favorecidos por el crédito fácil que caracterizara los años de la convertibilidad.

En este artículo quisiera detenerme en dos temas, el primer es de carácter específico, acerca de los riesgos que conlleva este estilo de vida en términos de formas de socialización; el segundo, es de carácter general, acerca de la (im)posibilidad de una gestión reflexiva de estos riesgos

¿Derivas de un modelo de socialización?

Es sabido que los countries y los barrios privados encontraron su impulso mayor en un contexto de notorio aumento de las desigualdades sociales: frente a la deserción del Estado y el vaciamiento de las instituciones públicas, se desarrollaron formas privatizadas de la seguridad y de la integración social, que marcaron nuevas y rotundas formas de diferenciación entre los “ganadores” y los “perdedores” del modelo neoliberal, tanto respecto de los estilos residenciales como en las formas de socialización.

Así, el cerramiento y la vigilancia del predio permitió la adopción de un estilo de vida, de más en más estandarizado por la oferta inmobiliaria, centrado en el contacto con el verde, donde no falta la onda light combinada con las referencias “new age”. Por otro lado, este nuevo estilo de vida apuntó al despliegue de un modelo de socialización que favoreció

¹ Revista *Enfoques Alternativos*, Buenos Aires, 2002.

la libertad de los chicos “puertas adentro”, en lo que podemos denominar un modelo de “autonomía protegida”. Este modelo de socialización presenta una doble faz: por un lado, permite el desarrollo de una libertad más precoz, que es valorado por sus consecuencias inmediatas: los padres se ven liberados de ciertas obligaciones tradicionales que acompaña la tarea de la crianza y educación de los niños; éstos, a su vez disfrutaban de grandes márgenes de libertad y expansión lúdica en un contexto de sociabilidad barrial homogénea. Por otro lado, el modelo de socialización se desliza con relativa facilidad a situaciones inéditas, en las cuáles se combinan la desmedida y precoz libertad de movimiento de los niños dentro del predio, con el escaso control familiar, lo cual tiende a producir importantes trastornos de las conductas además de riesgos de accidentes. La aparición del vandalismo infantil aparece así como uno de los corolarios más notorios de este nuevo estilo de vida.

Cierto es que la problemática no es nueva, pues la existencia de episodios reiterados de vandalismo aparece muy asociado a la historia de los countries más antiguos. Tal es así que casi no existe uno de ellos que no pueda aportar alguna historia de vidrios rotos, viviendas dañadas y muebles arrojados a la piscina. Inclusive están aquellos que han tenido que confrontar verdaderos problemas de drogadicción. Así, en el relato de estas historias convergen siempre exceso de libertad con abandono familiar. Pero hasta aquí sólo se trataba de adolescentes. Ahora lo novedoso es la precocidad y la virulencia con la cual se vienen manifestando estas conductas en niños que hoy tienen entre 9 y 13 años, que circulan a cualquier hora y libremente por el espacio protegido. En algunos de los countries más recientes y elitistas de la zona de Pilar circulan historias de destrozos y ensañamiento infantiles para con la propiedad. Fue el Saint-George’s Village, uno de los countries más exclusivos del noroeste, quien tuvo el privilegio de inaugurar este nuevo fenómeno, con doce actos vandálicos realizados en casas recién terminadas y a punto de estrenar, todo ello en un solo mes, durante el año 1999.

:Frente al nuevo fenómeno, se refuerzan los controles y se apela también al apoyo psico-pedagógico con el propósito de “colocar límites” a los chicos. No es raro tampoco que los padres exijan a las autoridades del country y barrio privado que éste sea algo más que un habitat, y asuma el rol propio de un agente socializador, a la manera de una micro-ciudad o una escuela. Por otro lado, muchos son los padres que minimizan estos actos de

vandalismo e intentan disociarlo de la hipótesis que liga estos riesgos colaterales con un determinado modelo de socialización que provee este nuevo estilo de vida. La mayoría hace hincapié en los efectos negativos de una “cultura de la opulencia”, de la ausencia de valores, o bien, se ocupan de cargar las tintas sobre los “padres abandonicos” o las “familias desestructuradas” por los divorcios. Sin embargo, es necesario insistir que estos riesgos son inherentes al modelo de socialización que proponen las urbanizaciones privadas, pues éste tiende a favorecer y potenciar todos aquellos peligros (mayores y menores) ligados al aflojamiento del control familiar y social: accidentes, trastornos de conducta, agresiones, en el límite, actos de vandalismo ejercidos en contra de la propia comunidad.

“Puertas afuera”, la contracara es la falta de autonomía y la ausencia de destrezas para resolver situaciones que plantea el mundo exterior. la socialización se lleva a cabo en un ambiente protegido y homogéneo, con escaso contacto con seres diferentes; algo que los mismos residentes denominan “el modelo de la burbuja”, que no les provee de habilidades o destrezas para desenvolverse con autonomía en el espacio exterior. En fin, no es raro ver que cuando visitan la ciudad “abierta”, los niños tienden a desenvolverse o con ingenuidad provinciana, rehuendo todo contacto con lo extraño, o con una confianza suicida, como si el espacio abierto tuviera las mismas propiedades que el espacio protegido del country.

Estilo de vida “country” y gestión reflexiva de los riesgos

En virtud de su carácter incipiente, resulta imposible sopesar de manera definitiva la totalidad de “efectos indeseables” que a largo plazo genere la implementación de estos nuevos estilos de vida. Pero, en todo caso, nos encontramos lejos de la mirada “comprensiva” de aquellos que consideran que la dinámica de las “gated communities” (comunidades cerradas) debe ser entendida como un modo en el cual nuestra sociedad, y especialmente, las clases medias-altas y altas, tienden a tratar la cuestión del “riesgo”: suerte de gestión reflexiva que haría una evaluación equilibrada entre riesgos y oportunidades.

Sin embargo, una cuestión que llamó nuestra atención en el transcurso de la investigación que quedó plasamada en el libro *Los que ganaron. La vida en los countries y*

en los barrios privados (2001), fue el pragmatismo que exhibían con total naturalidad nuestros entrevistados, especialmente a la hora de realizar una primera evaluación de las consecuencias del nuevo estilo de vida. Por lo general, los beneficios u oportunidades eran evaluados en el corto plazo (la libertad, el contacto con el verde, la seguridad), mientras que los nuevos riesgos (por ejemplo, respecto de la educación de los hijos y la relación con la sociedad “abierta”) aparecían diluidos en una suerte de temporalidad indefinida, esto es, en el horizonte de un inasible e impensable mediano y largo plazo.

Este diagnóstico nos llevó a considerar seriamente la hipótesis de Richard Sennett, desarrollada en un excelente libro, *La corrosión del carácter* (: 2000), en donde afirma que cualquier pretensión de gestión reflexiva y planificada de la vida moderna se estrella contra las características que posee el nuevo modelo de acumulación flexible, cuya consigna central es, precisamente “nada a largo plazo”. Más claro, si la incertidumbre está integrada en las prácticas del capitalismo contemporáneo, entonces la inestabilidad emerge como algo normal.

Claro que nadie podría poner en duda que estas consecuencias aparecen agravadas en el caso argentino. En este sentido, la actitud pragmática de los “ganadores” se halla inextricablemente ligada al peso específico de la inestabilidad económica y laboral, la cual no puede menos que traducirse en términos de fragilidad personal y familiar. En realidad, la correspondencia entre comportamientos sociales y modelo socio-económico encontró diferentes manifestaciones. En principio, la frenética huída que los grupos altos y medios-altos realizaron hacia countries y barrios privados durante la década de los noventa (esa suerte de sobreactuación nacional de los riesgos y las oportunidades, alimentado por publicistas, desarrolladores y agentes inmobiliarios), estaba íntimamente asociada con la dinámica vertiginosa y radical que tuvo el modelo neo-liberal en nuestro país. Acto seguido, comenzaron a experimentarse los efectos corrosivos de esta dinámica neoliberal en lo cotidiano, y con ello se fue obturando la posibilidad de planificar cualquier acción o estrategia a mediano o a largo plazo. El tema no es menor, pues uno podría suponer que esta lógica de acción cortoplazista perforó sobre todo el ethos de los “perdedores”. En realidad, aunque en niveles diferentes, el ethos de los “ganadores” también se vio inficionado por esta visión de corto plazo, que conduce al pragmatismo y en el límite, como afirma Sennett, a la destrucción de la moral. La lógica del modelo neoliberal inserta la

incertidumbre y la inestabilidad en la cotidianeidad y, como tal, en el extremo, convive con la amenaza de una inversión de la situación, que puede llegar con el próximo y tal vez no tan impredecible giro, arrojando al individuo (y su familia) fuera de las fronteras de su mundo. De manera más gráfica, para los habitantes de countries y barrios privados esto significa quedar del “otro lado del muro”. Esta sospecha de que, pese a la brillante carrera, nada está “asegurado”; más aún, de lo “efímero” del triunfo, es lo que atraviesa y va inviscerando la actitud pragmática de tantos de nuestros entrevistados, a la hora de evaluar el futuro y sus posibilidades.

El estallido del modelo de convertibilidad, al final del año 2001, nos enfrentó a varias consecuencias. Una de ellas es el reconocimiento que, dada la fragilidad de ciertas posiciones, algunos de “los que ganaron” ya perdieron. Con esto queremos referirnos a algunos sectores de clase media alta profesional, muy competitiva, cuyo acceso a la vida country fue posible gracias a los altos ingresos y no precisamente en virtud de la posesión de capital económico (algo así sucedió tempranamente con los empresarios ligados a las nuevas tecnologías de la comunicación), así como también a aquellos sectores de clase media profesional cuyo acceso fue garantizado por el crédito fácil y el empleo estable. Como ya había sucedido con otros grupos menos beneficiados de las clases medias, éstos se vieron afectados por la profunda recesión, y más recientemente por las restricciones económicas y financieras que en diciembre de 2001 anunciaron el colapso final del modelo de convertibilidad. Para parte de estos sectores -y a mediano plazo-, el alto costo del “estilo de vida country” (escuelas privadas, mantenimiento de dos autos, expensas) puede tomarse insostenible.

Pero para las clases altas y medias-altas consolidadas, la opción es otra: si la vida en el country se torna difícil, no tiene mucho que ver con una cuestión de costos económicos, sino más bien con el aumento de la inseguridad y la exacerbación del sentimiento de vulnerabilidad, en un contexto de altísima descomposición social. Para ellos, la opción que se plantea, insistimos, no es la de dejar el country o el barrio privado para volver a la sociedad abierta y sus enemigos. El camino más usual es la elección de otro destino, más tranquilo y menos pavoroso del que ofrecen estas tierras.

La fragmentación social

Hoy en día es necesario repensar la mutación estructural que reconfigura la sociedad argentina menos en términos de proceso (como en los '90) y más en términos de producto. Debemos entender que sobre las crecientes desigualdades sociales, culturales, económicas, hoy se dibuja claramente una nueva sociedad en cuyo interior coexisten numerosas y disímiles sociedades, caracterizadas por diferentes niveles de (auto)regulación y recursos muy desiguales, de acuerdo al fragmento social al que hagamos referencia. Es desde esta perspectiva que los barrios privados y countries adquieren su verdadera dimensión, pues su expansión vertiginosa ilustra de manera paradigmática (y radical) el estallido de un modelo de integración social y el pasaje a un modelo centrado en la fragmentación socio-espacial. Más aun, en Argentina, los countries y los barrios privados, en su nueva modalidad neo-liberal, no sólo llegaron para quedarse, sino que fueron un anticipo, una muestra, una suerte de ilustración de lo que vendría: un fragmento que contiene en sí mismo su propia lógica de acción y representación, su propio universo simbólico y cultural, sus específicos espacios de sociabilidad, en fin, visto desde “los que ganaron”, sus cada vez más exacerbados mecanismos de regulación frente a la descomposición social.